

ideas; le parecía que acababan de arrancarle el velo que cubría sus ojos. Veía claro un porvenir de trabajo, y se sentía lleno de ardor para cooperar á él. ¡Á su edad una obra de desenvolvimiento! La sola idea de que su nombre figurase en esta obra, que había jurado sostener y defender, le hacía sonreír y le embriagaba. Y era que á la satisfacción que sentía al tocar una cosa tan útil y tan bella, se unía otra idea, fácil de concebir á los veinticinco años.

—*Ella* leerá todo esto; confiará más en mí, y quizá llegue á amarme!...

#### IV.

Roberto había jurado no salir de casa, y tratar de olvidar aquel amor que comenzaba á inquietarle. Pero, ¿de qué sirve la incomunicación cuando la fiebre del recuerdo se apodera de uno? Y, además, aquella prisión voluntaria era imposible. La obra que iba á emprender, bajo la dirección de Thévenin, exigía salidas cotidianas y trabajos al exterior; necesitaba ir á la Biblioteca para examinar ciertos manuscritos. Muchas veces, en estas salidas, sin darse cuenta de ello, se encontra-

ba á la puerta de la casa de la señora de Gèvres. No subía; pero miraba á la escalera, á la ventana, en la que quizá la casualidad le permitiera verla. La idea de aquella mujer le absorbía más de lo que él se imaginaba. Se figuraba que no la había visto hacía un siglo, cuando recibió una invitación, como la anterior, firmada René; aquel nombre tantas veces repetido por él. Su alegría fué inmensa, á pesar de sus propósitos de encerrarse para no volverla á ver. Llegó el primero á la reunión, y se embriagó una vez más con aquellos cabellos rubios, aquellos ojos azules y aquella dulzura angelical. La señora de Gèvres estaba con su habitual *toilette*. Nuestro joven hubiera sentido verla con diferente traje. Siempre se siente placer en volver á ver los objetos amados tal y como le han impresionado á uno la primera vez. Habló con él largamente, siempre seductora, con frases halagüeñas, aunque con un tanto de malicia, mezclada de incredulidad y sencillez, interesando á su interlocutor, que tomaba aquellas frases como una negación ó como un descubrimiento. Roberto observó que jugaba las manos de una manera admirable, lo cual, unido á la blancura de éstas y á la gracia especial con que manejaba su abanico azul, le hacía enloquecer. El par de Francia no estaba aquella noche, y la *soirée* tenía algo de más

íntimo. René dejó entrever en su conversación con Roberto una especie de confianza, que parecía prometer una amistad más íntima, y dándole el encanto del misterio, le hizo entender que había sido muy desgraciada con el señor de Gèvres, diciendo esto con ese arte especial que caracteriza á las francesas, pareciendo que buscan un consuelo en su confidente. Roberto estaba ebrio; empleó ella tanto arte y tanta gracia en sus palabras, con tanto talento dichas, que se apoderó por completo de aquel alma ardiente y virgen aún en las lides del amor.

Salió de allí desvanecido de alegría, sin pensar en volver á su casa, dando vueltas por las calles, hablando alto como los locos, y tan contento como no lo había estado nunca: la perspectiva de ser amado no la veía lejos, y lo imposible antes le parecía ahora realizable. Es preciso tener prudencia (se decía). Y, sin embargo, Thévenin participó al día siguiente de las confidencias que la señora de Gèvres había dejado entrever á Roberto.

Thévenin escuchó sin desvanecer los pensamientos de su amigo, que se vanagloriaba de no hacerse ilusiones, no interrumpiendo á éste hasta el momento en que vió que iba á decirle el nombre de la que amaba.

—No (le dijo); no la nombréis. ¡Quizá

llegue el momento en que lamentéis no tener más que un amargo nombre que repetir, y entonces sentiréis no conocerlo vos solo!....

—Tenéis razón. ¿Qué importa el nombre?... Sin embargo, sabed que el de esa mujer es un encanto para mí.

—Es verdad que todo parece perfecto en el ser que se ama; que un nombre no nos interesa hoy ni nos fijamos en él, y mañana se convierte en sinónimo de seducción, cuando se aplica al ser que uno adora.

—¡Cosa extraña! (dijo Roberto, interrumpiéndole.) ¡Analizar yo el amor, cuando estoy cogido en sus redes!

Roberto demostró, á pesar de la turbación que se había apoderado de él, una energía singular. Había soñado mucho; pero, á partir desde el día en que se dejó arrastrar por la corriente de su pasión, trabajó é hizo de su actividad el principal móvil de su vida. La actividad era la causa que había abrazado; ambicionaba el éxito para aproximarse á la señora de Gèvres. Después de luchar con todo esto, luchaba consigo mismo, haciendo extremos esfuerzos para sacudir la inactividad y el estado soñoliento que empezaban á hacerle languidecer. Thévenin le animaba, le dirigía, y se admiraba él mismo de un trabajo tan prodigioso. El primer tratado había aparecido. El

éxito se esperaba, como siempre cuando se trata de obras serias que aparecen con ideas tan radicales y completas. La publicación de esos manuales de moral, de historia y de geografía apareció á tiempo, y cada uno de aquellos pequeños libros era un arma de progreso arrojada en medio de la lucha de los hombres y de las ideas.

Nadie se ocupó al principio del autor de estos resúmenes. La obra había parecido excelente á unos, prematura á otros, é inconveniente á muchos. La habían discutido, alabándola ó criticándola por sí misma, y sin ocuparse para nada del autor. Pero la publicación sucesiva y persistente despertó pronto la curiosidad del público, que se preguntó qué mano tan activa lanzaba así aquellos pequeños libros que se abrían tan pronto paso. He aquí lo que Thévenin había adivinado, y por qué, en su amargo amor al silencio, declinó toda la parte de su colaboración. Se supo muy pronto que aquellos resúmenes filosóficos eran obra de un joven de veinticinco años, muy ardiente y profundamente liberal. Esto causó admiración. El nombre, hasta entonces ignorado, de Roberto Burat, fué muy pronto conocido, y adquirió, no por esas personas á quienes con razón se apellida eruditos á la violeta, sino por personas graves y competen-

tes en la materia, ese renombre sólido, que crea una verdadera reputación entre las gentes que leen y discuten razonando. Estos Manuales habían sido discutidos en el seno de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, siendo también analizados con aplauso por los principales publicistas. Á ser orgulloso y presumido, Roberto se hubiera creído un personaje. Soportaba su reputación con cierto remordimiento, reprochando á Thévenin su obstinado silencio, y enrojeciendo siempre que le prodigaban algún elogio. Por el contrario, Thévenin parecía tocar al colmo de su dicha. El proyecto había dado grandes resultados. Fué muy atacado, pero muy bien defendido.

—Es un verdadero éxito (decía frotándose las manos). Se necesita ahora esparcir estas obras por todos los pueblos, y entonces podremos vanagloriarnos de haber hecho un beneficio á la humanidad.

Roberto había notado que la señora de Gèvres, desde la publicación de las obras, le recibía con una consideración y deferencia que parecía conducir á la intimidad.

Sabía muy bien que no participaba de sus ideas personales en política. Le confesó un día que su madre, descendiente de una noble familia de provincias, se había esmerado en desarrollar en ella ese anacronismo que se llama

sentimiento nobiliario, y pudo ver que, en efecto, había aprovechado bien aquellas lecciones. Era orgullosa, se notaba en su trato cierto desdén, y juzgaba *inútiles* las discusiones sociales que se promovían en su salón, proclamando con mucha sagacidad la soberanía de su derecho. Había declarado con exquisito tacto que no quería mezclarse en nada de aquellas cosas, y llevaba con encantadora sonrisa, pero con mucha maestría, la conversación, desde lo más elevado de la política, al simple entretenimiento de las anécdotas del día, contestando á las observaciones que la hacían con una admirable sonrisa, que dejaba ver dos hileras de perlas á través de sus sonrosados labios. Se mostraba tan franca é inclinada á la sencillez, y aun á la frivolidad, que Roberto se reprochaba á sí mismo el ser tan temerario en sus preocupaciones sociales, y de buena gana hubiera proclamado que el soberano punto de la vida y del encanto era hablar alegremente y con sencillez de todas las cosas, fijándose en los hermosos ojos azules de una linda mujer.

La señora de Gèvres adquiría cada día más superioridad sobre él; es verdad que no le hubiera podido hacer abjurar de las convicciones que tenía tan arraigadas. Pero era verdaderamente en el corazón de Roberto una rival peli-

grosa para su política. Se había acostumbrado á verla más á menudo, y no pasaba semana en que no la visitara dos ó tres veces. Sus conversaciones recaían regularmente sobre lo encontrado de sus ideas, que se combatían sonriendo. Aquellas largas conversaciones, sostenidas al pie de la chimenea, llegaron á ser una necesidad en la vida de nuestro joven. Su sorpresa fuera grande si alguien le hubiese dicho que la asiduidad con que lo visitaba podía comprometer la realización de sus ensueños, que consistían en la propagación de sus ideas. Encontraba tan natural ir allí siguiendo los impulsos de su instinto, que multiplicaba sus visitas, sin darse cuenta de ello.

La señora de Gèvres, lejos de disgustarse por estas visitas, las veía con cierta satisfacción, y se dejaba arrastrar por una corriente de simpatía, que no trataba de disimular, inclinándose demasiado hacia él.

Encontraba en aquel joven una fuerza secreta, algún sufrimiento, á la vez que resolución, que habían despertado la curiosidad de la hija de Eva y la compasión de la mujer. Ella tenía también en su corazón su molécula de romanticismo. Se imaginaba ver en él á un *René* persiguiendo á través de la vida un ideal mal definido, y como si fuera un hombre agobiado por el sufrimiento, que buscara un lugar

donde reposar de sus precoces fatigas. Además, la amargura mal reprimida de Roberto, y que traducía en sus palabras, la habían seducido, ó, mejor dicho, habían picado su curiosidad. Instintivamente quería conocer el secreto de aquel corazón enfermo, sin precaver que podría agravar sus heridas. La curiosidad tenía más parte en esto que el amor. Le había estudiado mucho, pero sin poder comprender á aquella indescifrable criatura; no se había adherido á él más como el pintor se adhiere al modelo; así es que no le amaba. Tenía para ella el misterioso atractivo de uno de esos cuadros de los grandes pintores que estuviera aún cubierto, y á través de cuya cubierta se quisiera adivinar la escena que en él se pintaba, cosa imposible, aun permaneciendo horas enteras delante del cuadro. La señora de Gèvres permaneció largo tiempo delante del cuadro, para ella velado, del misterio de Roberto, sin poder descubrir nada. Éste tenía poco de seductor; era delgado, de aspecto sombrío y permanecía casi siempre silencioso; pero la sorda llama que despedían sus ojos, la crispación de sus labios, la habitual arruga que cruzaba sus cejas, y hasta su muda contemplación, le hacían salir de la esfera común, destacándose aquella figura inteligente y pálida del fondo vulgar de las demás. Se veía en él el aplomo y solidez del

hombre que ve claro en su vida, y que, decidido á seguir el camino que se había trazado, marchaba con decisión y con la cabeza levantada. El buen éxito obtenido con la publicación de los *Resúmenes filosóficos*, idea de Thévenin, había hecho de él, no ya *cualquier cosa*, sino *alguien*. Á pesar de lo incierto de su posición y de su falta de fortuna, se había creado un nombre, que viene á ser lo mismo que un título nobiliario en París. La señora de Gèvres decía que el par de Francia le atacaba con mucho vigor, sin querer confesar que se había creado un nombre en poco tiempo. Es propenso á la vanidad el amor de la mujer. Sin pensarlo, la señora de Gèvres intimaba cada día más con Roberto, dejando ver, quizá sin quererlo, con mucho arte femenino, que comprendía el amor que el joven sentía por ella. Él mismo se había hecho traición con sus palabras, con sus miradas y con sus acciones; pero si ella era amada de él, en cambio no estaba lejos de aplicarse la pena del Talion, devolviendo amor por amor. Roberto tardó mucho en comprenderlo; no creía en medias palabras, y no veía las cosas que pasaban más que como una fantasmagoría, pareciéndole que todo iba á desvanecerse al alargar el brazo para tocar aquella visión. Además, se encontraba muy satisfecho en aquel estado, viendo el fantasma á

través de una sombra. Caminaba lentamente para no llegar demasiado pronto, temiendo encontrarse con un espejismo, porque su mucha experiencia le hacía desconfiar de la verdad de una dicha tan grande.

—Es imposible (se decía); no me ama. He obrado muy de ligero queriendo adivinar una sonrisa de mujer. ¡Locura! Me mirará como á un loco cuando le diga que he leído su secreto en su mirada, y, ¡quién sabe!, puede ser que hasta se ría en mis barbas. Pero no; sus palabras, sus confidencias, sus suspiros, todo esto es algo.... ¿Por qué no me ha de amar? Es verdad; pero, ¿por qué me ha de amar? ¡Hay que tener algo de filosofía!

Thévenin, notando esta turbación, evitó toda confidencia, conformándose con lo que adivinaba, aunque parecía estar muy afligido, por creer que su amigo, á quien tanto quería, iba á ser víctima de una asechanza amorosa.

Roberto no era el mismo: su vida había cambiado por completo; iba á los bailes, á los conciertos, á todas partes adonde creía encontrar á la señora de Gèvres. Cuando pasaba toda una noche mirándola, volvía á su casa, y, creyéndose dichoso, dormía con más tranquilidad. Al separarse, René le sonreía, cambiando algunas palabras en voz baja con él, se apoyaba en su brazo, y, cuando el carruaje se dis-

ponía á marchar, le estrechaba silenciosamente la mano antes de cerrar la portezuela, despidiéndole con una amorosa mirada, que bastaba á enloquecerle.

—¡Soy un necio! (se decía, pasada la primera impresión.) ¡Me despreciaría á mí mismo! Pero, ¿qué importa? ¿No soy dichoso con estas emociones?

Estas alegrías no estaban exentas nunca de fiebre. Aquella naturaleza, profundamente excitada desde la infancia, tenía necesidad, para sostenerse en un estado normal, de una vida metódica y arreglada.

—¡Andad con cuidado! (le decía algunas veces Thévenin.) Los trabajos de la inteligencia son de suyo congestivos; no añadáis á ellos otra congestión.

—¿Cuál es el medio de conseguir la calma?

La señora de Gèvres era, decididamente, la dueña de su corazón. Roberto lo comprendía así, y sentía cierto placer al persuadirse de ello. En este estado de turbación, la voluptuosidad del amor desenvuelve éste con tal rapidez, que traspasa con sus raíces el corazón del que ama.

Roberto acogía ahora todo lo que hasta entonces había rechazado, y que hacía desaparecer de súbito la sencillez de sentimientos que le caracterizaban desde su niñez. Había

BIBLIOTECA UN

"ALFONSO RUIZ"

1625 MONTERREY, MEXICO

creído todas sus alegrías de la infancia envenenadas por las lágrimas y las amarguras que había sufrido en tan corta edad. Todo esto lo veía ahora reflejar con más claridad que nunca. Esta íntima poesía de la juventud, cuya voz no había querido escuchar hasta entonces, murmuraba ahora á sus oídos sus más salientes episodios. Se sentía vivamente conmovido, olvidando sus primeros dolores, á su padre moribundo y á su desgraciada madre. Le parecía ser todo esto el efecto de un ensueño, que hacía desaparecer como el humo todas aquellas figuras fantásticas. No estaba en su centro sino cuando se imaginaba que era amado por la señora de Gèvres. Ésta parecía orgullosa de su conquista. Sentía un placer infinito en ver á Roberto satisfacer hasta sus más pequeños caprichos. Le hacía pagar cara su sonrisa con una gran sumisión, con la cual encontraba ella satisfecho su amor propio. Tomaba sus precauciones, como mujer, para el momento en que éste, dejando su sumisión, pronunciara la palabra terrible y dulce á la par, la declaración de su amor, y exigiese una contestación categórica. Es verdad que aquel momento la inquietaba poco: era el cuarto de hora de Rabelais y de Célimène. Cuando una coqueta ha tratado de jugar con el corazón de un hombre ardiente como

Roberto Burat, dejándole concebir esperanzas sin límites, ese momento es peligroso; pero René tenía confianza en sus fuerzas, y sonreía á la idea de ese peligro futuro, segura de salir airosa en su empresa.

Aún no había pasado por la imaginación de Roberto la idea de que aquella mujer pudiera recibir con complacencia sus homenajes, y esta era la causa de que no adelantara un paso en esa vía. Aunque desconfiaba, en el fondo tenía esperanzas: esperanzas que alentaban las sonrisas de la señora de Gèvres. Pensó por primera vez en ello por Thévenin, que, viendo las cosas con más calma, y gracias á las medias confidencias de Roberto, veía y podía juzgar la situación mejor que éste.

Thévenin no era extraño á aquellos amores, y nadie puede juzgar mejor un drama que los que no son ni el autor ni el actor, ó, lo que es lo mismo, los espectadores. Se cogió una tarde del brazo de su amigo, y, paseando con él á orillas del Sena, le dijo cariñosamente, sin el acento del profesor y con la sola autoridad que le daban la amistad y sus años:

—Tenéis, mi querido Roberto, la suprema desgracia de ser bueno y confiado, á pesar de las desilusiones y los desengaños que habéis visto. Os habéis dejado arrastrar demasiado

por ese amor, y os habéis comprometido sin resistencia y con una satisfacción que comprendo muy bien; pero, ¿por qué no habéis reflexionado ó pensado en que ese amor satisfaga vuestros deseos? Escuchadme: no sois el mismo; vuestra vida, tan sencilla y pura hasta hace poco, es ahora vacilante y excitada. Ese amor os absorbe por completo. Yo no os digo que no sea digno de conquistar todo vuestro ser. El nombre de esa mujer, primer detalle de vuestra pasión, no he querido conocerlo; pero creo que no habréis elegido una persona indigna de vos. No es una lección de moral la que trato de daros, ni me creo autorizado para ello. Es simplemente un consejo que quiero daros como amigo. Quiero acabaros de indicar el verdadero camino, en que habéis andado ya la primera etapa, gracias á mis consejos: es el camino útil, el camino del sacrificio y del deber; pero, á pesar de todo, ¿no nos sirve esto de sacrificio? ¡Hace mucho tiempo que yo me he propuesto seguir un camino exento de emociones fuertes, que es el mejor en este mundo, vos lo sabéis bien! ¡Ese es el que debéis seguir, dejando á un lado los amores vanos, con sus emociones y sus quimeras, que tan desgraciado hacen al hombre!

No hace falta más que un rayo de luz para encontrar el camino en la obscuridad; Roberto

reflexionó acerca de la situación que se había creado para con la señora de Gèvres, preguntándose á sí mismo por la milésima vez si su afabilidad, sus deferencias y sus significativas miradas eran prueba de amor ó de amistad. No le ocurrió pensar que todo aquello podía ser el manejo de una hábil coqueta. Por el contrario, reflexionando acerca de esto, acabó por creer que todo aquello estaba bien claro, y que podía muy bien ser amado.

Sentado sobre su cama, fijándose en la luz de la lámpara, reflexionó algunos momentos. De pronto se levantó, y empezó á andar á grandes pasos por la habitación, como si estuviera loco.

—¿De quién es la falta, si aún dudo? (se decía.) ¿No debía yo de haber declarado mi secreto, secreto que quizá habrá dejado de serlo ya para los demás? Embriagado por esta dicha que he saboreado sin ocuparme de otra cosa, olvidé por completo lo más esencial. Pero al ser interrogado por Thévenin sobre si estaba seguro de ser correspondido, contesté con lentitud é inseguridad, al reflexionar que tales sonrisas podían ser engañosas. ¡Amado! ¡Dudaba, y dudo aún serlo; y, sin embargo, me es tan fácil saber la verdad! Pero no quiero exponerme á perderlo todo.

—¡No importa (acabó diciendo); yo sabré lo que ella piensa!



Durmió con mucha intranquilidad, y se levantó al ser de día; impaciente y ansioso, esperaba la hora de presentarse en casa de la señora de Gèvres. René le vió llegar más frío y descompuesto, y más pálido que de costumbre; le sonrió, y, mostrándole una silla, le rogó que tomara asiento.

—¡Dios mío! Señor Burat, ¿quéos ha pasado?

—Nada (dijo éste); pero debo estar muy pálido, ¿no es verdad? Cualquiera lo estaría en mi lugar.

—¡Me asustáis! (dijo la señora de Gèvres.) ¿Qué pasa?

—Os contestaré haciéndoos una pregunta, señora (dijo el joven, que se esforzaba en disimular el temblor de su voz). ¿Cuando erais pequeña y habíais por mucho tiempo admirado y dado muchas vueltas á vuestros brillantes juguetes, no sentíais cierta curiosidad por saber qué resorte los animaba y qué secreto era el que los hacía mover? Y si eran pintados, ¿no deseabais también saber si los colores estaban frescos, ó si los ojos eran de cristal, al tratarse de alguna muñeca?

La señora de Gèvres guardó silencio, inclinó un poco su preciosa cabeza rubia, y miró á los ojos de Roberto. Éste había levantado al mismo tiempo la vista, fijando una mirada profunda en su interlocutora. Comprendiendo ésta que

el momento decisivo era llegado, apeló á su habitual sonrisa, y con voz argentina dijo á Roberto:

—¡Qué alto os remontáis! ¡Recuerdos de la infancia!.... ¿Por qué no os transportáis al diluvio?....

—Yo (contestó éste), era así: necesitaba conocer el secreto de las cosas. Inútil es decir que he permanecido muchas veces con el corazón oprimido ante el muñeco hecho pedazos para satisfacer mi curiosidad.... ¡Cree uno en los *huecos de oro* algunas veces, y se enamora de una ilusión de su fantasía!....

—¡Cómo empleáis hoy el sentido figurado! ¿Qué diría Molière si os oyera?

—Me comprendería. Me explico con bastante claridad. En mí el hombre no tiene nada del niño, y se contenta con adorar sus juguetes, los contempla con emoción, y teme tocarlos por no descomponerlos: tal es el amor y el apego que les tiene. ¡Mientras menos trato de profundizar, soy más dichoso! ¡Algunas veces me remonto á aquellos tiempos en que la decepción sigue muy de cerca á los ensueños, dulcemente acariciados; pero, desecho lejos de mí esos recuerdos. ¿Qué importa lo que yo era? Veamos lo que soy. Yo soy, señora, un corazón herido, pero cicatrizado; todas mis dudas se levantan y se remueven; sin embargo respiro

aire más puro, ando con más firmeza, estoy lleno de vigor y de esperanza; y esto me ocurre sencillamente, porque he encontrado en mi camino una gran protección contra mis amargas dudas; una mujer que, haciéndome comprender lo que valen el talento, la gracia, la sonrisa, la seducción y los perfumes de las flores, me ha hecho comprender todo un mundo, que yo despreciaba antes porque lo desconocía, y cuyas puertas hanme sido abiertas por ella con sus encantos.

—¿Quién es esa mujer?—preguntó la señora de Gèvres, que no pudo ocultar una fuerte emoción.

Una gran alegría se pintó en los hermosos ojos de Roberto, que, levantándose instintivamente, y echándose á sus pies, le dijo con una franqueza tan pura como su alma:

—Esa mujer sois vos, señora: yo os amo.

—¡Ah, bribón!—dijo ésta, tratando de ocultar con esto la emoción que le causaron aquellas palabras lanzadas á boca de jarro por el joven.

—No (continuó Roberto, transportado por su grande alegría); es la declaración sincera, sumisa y la más respetuosa que puede hacer un hombre. Con esto me entrego á vos por completo, y no exijo nada, ni pido nada....: han debido amarnos mucho, señora; Dios os ha he-

cho para ser amada. Pero nadie habrá dejado escapar de lo más profundo de su corazón su secreto con más temor ni con más pureza y lealtad que yo. ¿Sabéis en lo que pienso ahora? ¡Pienso en que sois muy buena, puesto que no me habéis arrojado de aquí después de haberos declarado mi pasión!

—¡Sois un niño (dijo ella, mirándole con indefinible sonrisa); levantaos; no continuéis de rodillas!

Roberto estaba pálido como la muerte; su corazón parecía querer saltar fuera de su pecho, temiendo que le ahogara.

—¿Por qué os había de arrojar de aquí? El crimen que la mujer se encuentra siempre más dispuesta á perdonar, es la declaración de amor.

—¡Vais á volverme loco!.... (la dijo, fijándose en la divina sonrisa que persistía en los labios de René.) ¿Sabéis lo que soñaba en esas horas en que mi corazón y mi pensamiento eran sólo para vos? Cuando os seguía con los ojos en aquellos bailes, á los que tan sólo concurría por vos, y en donde no veía más que á vos, ¿sabéis lo que pensaba, os repito, y qué castillos en el aire forjaba mi imaginación? ¡Qué ambicioso soy! ¿Y sonreís aún? ¡Dejad vuestra sonrisa! Pues bien: soñaba que érais viuda; ¡viuda!, y que quizá mis trabajos li-

terarios me dieran un nombre digno de vos; y que si yo me atreviera....

Roberto se detuvo al ver levantarse á la señora de Gèvres de repente, como si algo invisible la hubiera causado espanto; la miró con miedo, y observó que había palidecido, pero sin abandonar su sonrisa, y la oyó exclamar:

—¡Creo que eso es más que una declaración; eso es pedir mi mano!

—¡Perdonadme (dijo Roberto); soy un insensato! ¡Vos mi esposa! ¡Oh, ya sé que eso es imposible!.... ¡No he dicho nada....; perdonadme!

—¡Un matrimonio! (dijo René, apoyando su codo sobre el terciopelo que cubría la piedra de la chimenea, y la cabeza sobre su blanca mano.) ¡El matrimonio!.... ¿Sabéis lo que es eso, Roberto?

Él se estremeció al oír su nombre, pronunciado con tan significativo acento. Era la primera vez que le llamaba así.

—¡Cuánto amor se necesita (continuó René) para que el matrimonio, con el tiempo, pueda conservar siquiera la amistad! ¿Decís que habéis sufrido mucho? ¿Creéis que yo no conozco el dolor más que de nombre? El señor de Gèvres no me comprendió. ¡Le amé, y á su muerte le aborrecía! ¿Os sorprende que el amor pueda

trocarse en odio? ¡Creéis que el lazo del himeneo es el colmo de la felicidad, y os engañáis lastimosamente!

—¡Oh! (exclamó Roberto.) ¿Eso no lo diréis por mí?

—¡Por vos, pobre niño!

Dió á esta palabra un acento celestial.

—¡No; no lo digo por vos! Vos sois un corazón de oro; lo sé bien, y he podido verlo. ¿Me amáis, decís? Lo creo, y acepto ese amor; pero no pidáis nada á una pobre mujer á quien la vida ha agobiado con sus penalidades.

—¡La vida! Todavía sois joven. Nada hay perdido, y mi amor os proporcionaría días de alegría, pues es bastante intenso para eso. ¡No es tan sólo mi nombre lo que os ofrezco; es todo mi ser en cuerpo y en alma! ¡Mi esposa! ¡Seréis mi esposa! ¡Ah! ¡Yo os respondo que sabré taladrar en la sociedad un sitio bastante espacioso para que paséis por entre la multitud con la frente alta, con orgullo!

—Esos son sueños (dijo René). Es la primera vez que amáis. ¡Pensad que mientras vos me entregáis todo vuestro ser y todo vuestro amor, yo no puedo corresponderos más que con los despojos de un amor gastado! ¡No penséis más en eso! ¡Es un imposible!

—¡Un imposible! (exclamó Roberto, gol-

peándose la frente.) ¡Sí! ¡Es un imposible, porque no me amáis!

—¿Quién os lo ha dicho! — dijo ella bruscamente.

Roberto quedó pensativo.

René permanecía de pie, con la frente eruida y la mirada franca y severa; pero sin dejar su constante sonrisa.

Roberto, como si hubiera sido herido por un rayo, se precipitó á sus pies por segunda vez, cogiéndola la mano, que ella le abandonó, «aquella divina mano que le hacía delirar tanto», la besó con locura, colocando sobre sus nacarados hoyuelos sus ardientes labios.

La señora de Gèvres, inclinándose un poco hacia el joven, que continuaba de rodillas, enrojeció, dejando ver la alegría de su triunfo en su semblante.

Cuando éste se levantó, ella quedó suspensa, y él la miró amorosamente, sin encontrar en su turbación palabras con que describirle lo que sentía. René bajó los ojos, y, después de un momento de silencio, que le pareció un siglo á Roberto, mirando al reloj como por casualidad, exclamó:

—¡Ah, Dios mío, cómo pasa el tiempo! ¡Tengo que ir á hacer una cuestación! ¡Qué malo sois! ¡Me habíais hecho olvidar á los pobres!

Á pesar de su buen corazón, el inexperto joven encontró ahora la caridad desagradable. Pero la señora de Gèvres le alargó la mano, que tomó y besó con profusión.

—Espero (le dijo) que os dejaréis ver pronto. Mañana es mi día de recepción.

Roberto hizo un gesto de disgusto.

—¿Podré veros y hablaros (dijo) entre tanta gente?

—¡Bah! ¡Razón tenía yo! ¡No nos casaremos! ¡Sois celoso!.... ¡Estáis ya celoso! — le dijo, dejándole solo.

La doncella que se presentó á acompañar á Roberto hasta la salida, le sorprendió con los ojos fijos en la puerta por la que su señora había desaparecido. Al ruido de los pasos de la doncella, se volvió, y se fué disgustado. Bajó muy despacio las escaleras, preguntándose si todo lo que acababa de pasar era real. La calle estaba llena de gente, y, en medio del ruido, del movimiento y con un hermoso sol, se dirigió pausadamente hacia el Panteón, respirando con placer el aire libre. Un pobre le pidió una limosna, y dándole una moneda, se dijo:

—¡Ah! ¡Qué razón tenía ella en considerar un placer el socorrer á los pobres!

Recordó con una voluptuosidad indecible la escena que acababa de tener lugar entre

ellos, procurando recordar con exactitud las palabras y ademanes de René. ¡Á pesar de todo, era amado! Ella había dejado escapar su secreto. ¡Ah! ¡Qué hermosa estaba! ¡Sentía aún en sus labios la impresión que le había causado besar aquella preciosa mano, y levantaba los ojos al cielo, como preguntándole á qué debía tanta dicha! Después, y á medida que caminaba, iba refrescando su imaginación, viniendo á su mente antiguos y desagradables recuerdos. Cuanto más avanzaba, más crecía en él un atormentador pensamiento. Ella le había consentido su amor; pero le prohibía pensar el que llegara jamás á casarse. ¡Su mujer, podía ser muy bien su mujer! Por primera vez ocurrió á Roberto darla otro título en su interior. ¡La señora de Gèvres podía llegar á ser su querida! ¡No era esto lo que él había soñado; pero ¿por qué no aceptaba su nombre? ¿Sería porque aquel nombre de Burat sonaba mal á sus aristocráticos oídos? Sí, porque ella tenía muy arraigada esa fatuidad de la nobleza, que él combatía en todos los terrenos, y pudiera ser muy bien por esto. Pero no; también había dicho que el solo recuerdo del señor de Gèvres la impedía pensar en casarse. ¿Mentiría? Seguramente no debía de ser ese el motivo de su aversión al casamiento. El señor de Gèvres no había sido feliz

con ella; no había comprendido á René, tan buena, tan seductora, y ese era el enigma. ¿Qué clase de hombre sería aquel señor de Gèvres? Roberto se lo imaginaba como un noble, apto tan sólo para la campaña é incapaz de comprender todas las delicadezas de aquella alma tan exquisita. Hubiera deseado ver su retrato para convencerse de esto, y, al efecto, inspeccionó todo lo que René tenía en su habitación, sin lograr encontrarlo. Estaba seguro de que encontraría en los rasgos de su fisonomía el motivo de la desgracia de René. Le asaltaron mil pensamientos por el mismo estilo; pero uno solo dominó muy pronto á los otros y embargó todo su ser.

—Sean las que fueren las desgracias ó vicisitudes por que haya atravesado, lo cierto es que consiente en ser mi querida.

Se esforzaba en creer lo contrario; pero recordaba las miradas, las sonrisas de René y sus últimas frases cuando desaparecía. «¡Estáis ya celoso!»

—¡Mi querida!—pensó Roberto, pareciéndole que blasfemaba con sólo pensar así.

—¡Decididamente (se dijo), todas son iguales; me he equivocado!

Empezó á recordar lo ocurrido desde que comenzó su entrevista, y rechazaba aquellas ideas, repitiéndose que era un error, que no

había comprendido el pensamiento de René.

Después de todo, ¿no es libre? ¡La mujer culpable es la que engaña á un marido por un amante! Pero René, ¿no es viuda? ¿Á quién tiene que dar cuenta? Si se entregaba á él, ¿no era una de las pruebas mayores de amor que podía darle? No importa: no era así como él había soñado sus amores; aquel cambio le irritó.

—Cada uno tiene su manera de pensar. Conozco á muchas personas que serían felices con esto, y, sin embargo, á mí me entristece.

Seguía su camino con lentitud, y con la imaginación henchida por estos pensamientos. El crepúsculo sucedía á la claridad, y los paseantes parecían sombras en medio de la obscuridad, que se acercaba á pasos agigantados, viéndose algunas luces que luchaban entre las tinieblas y la luz del día. Roberto se sintió fatigado, y se entró en un *restaurant*, donde descansó por algunos momentos. La postración siguió á la intensa alegría que le dominó al bajar de casa de la que amaba. Cuando hubo analizado todas sus sensaciones y tratado de explicarse el verdadero sentido de todas las palabras de René, comprendió que aquel nombre de *querida* daba á la señora de Gèvres una nueva fisonomía. La víspera, el respeto acrecía su amor; pero

perdido aquel respeto, su amor disminuía por momentos.

Su primera mirada, al entrar en su cuarto, fué dirigida á su trabajo en suspenso. Reconcentró su imaginación, y repasó algunas hojas, comparándolas con el estado de su alma.

—¡Tiene razón Thévenin (dijo); este es el camino que debo de seguir: el que él me ha trazado! Si le contara mañana lo que me ha sucedido hoy!.... Y, ¿para qué se lo he de contar? No tengo necesidad. ¡Ella me ama!

Pero, repitiendo estas palabras, ya no sentía la misma emoción que la víspera.

Á pesar de todo, ardientes ideas le asaltaban.

—Lo más prudente (se dijo), será no volverla á ver. Entonces, ¿qué recuerdo me queda de ella?....

—¡Sí! ¡Eso es lo que debo hacer!

Se encogió de hombros, añadiendo:

—Estos son propósitos que uno no realiza nunca. ¡Razón tenía yo al mirar con prevención al amor! Pero he hecho lo mismo que hacen aquellos que no quieren ir en carruaje por temor á un percance, y mueren aplastados por las ruedas de un camión.